



En librerías a partir del
15 de noviembre

TRUDI CANAVAN

LA RENEGADA

LA ESPÍA TRAIIDORA, II

Traducción de
Carlos Abreu Fetter

PLAZA  JANÉS

Título original: *The Rogue*

Primera edición: noviembre, 2012

- © 2011, Trudi Canavan
Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2011 por Orbit
- © 2012, Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
- © 2012, Carlos Abreu Fetter, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-35299-7
Depósito legal: B. 21.018-2012

1

Las cuevas de las pedreras

Según una tradición sachakana tan antigua que nadie recordaba dónde se había originado, el carácter del verano era masculino, y el del invierno, femenino. A lo largo de los siglos desde la fundación de los Traidores como pueblo, sus líderes y visionarias aseguraban que las supersticiones sobre hombres y mujeres —sobre todo estas últimas— eran ridículas, pero muchos de sus paisanos opinaban aún que la estación que ejercía una mayor influencia sobre su vida tenía muchas características femeninas. El invierno era implacable y poderoso, e impulsaba a las personas a unirse para sobrevivir en condiciones mejores.

En cambio, para quienes vivían en las tierras bajas y los desiertos de Sachaka, el invierno era una bendición, pues traía consigo las lluvias que necesitaban los cultivos y el ganado. El verano era riguroso, seco e improductivo.

Mientras Lorkin volvía caminando a toda prisa desde la herbería, su único pensamiento era que en el valle hacía más frío del que él esperaba. La gelidez del aire contenía una amenaza de nieve y hielo. Lorkin no tenía la sensación de haber vivido en Refugio tanto tiempo como para que el invierno estuviera tan avanzado. Solo habían transcurrido unos meses desde que había llegado a la ciudad secreta de los rebeldes sachakanos. Antes de eso había pasado una temporada en las cálidas y secas tierras bajas, huyendo en compañía de una mujer que le había salvado la vida.

«Tyvara.» Lorkin notó una opresión incómoda pero curio-

samente agradable en el pecho. Respiró hondo y apretó el paso. Estaba decidido a hacer caso omiso de este sentimiento con la misma determinación con que Tyvara hacía caso omiso de él.

«No vine aquí solo porque me hubiera enamorado de ella», se dijo. Sentía que su honor lo obligaba a hablar en defensa de Tyvara ante su pueblo, pues le había salvado el pellejo. Había matado a la asesina que había intentado seducirlo y acabar con él..., pero la asesina también era una Traidora. Riva actuaba en nombre de una facción que creía que él debía ser castigado porque Akkarin, su padre, el Gran Lord anterior, no había cumplido su parte del acuerdo al que había llegado con los Traidores hacía muchos años. Ninguno de los miembros de la facción había reconocido haber dado a Riva la orden de matarlo. Admitirlo habría equivalido a confesar que habían obrado en contra de los deseos de la reina, por lo que habían asegurado que todo había sido una iniciativa de Riva.

«Son rebeldes dentro de un pueblo de rebeldes», pensó Lorkin.

Aunque su defensa de Tyvara quizá la había salvado de la ejecución, ella no se había quedado sin castigo. Tal vez eran las tareas que la familia de Riva le había impuesto las que la mantenían apartada de él. Fuera cual fuese el motivo, Lorkin había soportado la soledad de un forastero que apenas conocía a nadie.

Estaba a punto de llegar al pie de la pared del precipicio que rodeaba el valle. Cuando alzó la vista hacia las ventanas y puertas talladas en aquel lado del valle, Lorkin supo que habría ocasiones en que se sentiría atrapado en ese lugar. No por la crudeza del invierno, que lo obligaría a permanecer bajo techo, sino porque, en su calidad de extranjero que conocía a grandes rasgos la ubicación de la ciudad de los Traidores, jamás le permitirían que se marchara.

Al otro lado de las puertas y ventanas había habitaciones suficientes para albergar la población de una ciudad pequeña. Las había de tamaños diversos, desde huecos reducidos hasta espacios tan grandes como el Salón Gremial. En su mayor par-

te, no penetraban mucho en la pared de piedra, pues en el pasado se habían producido temblores de tierra y hundimientos, y la gente se sentía más cómoda si vivía lo bastante cerca del exterior para poder salir corriendo en poco tiempo.

Algunos pasadizos conducían a zonas mucho más profundas. Eran los dominios de las magas Traidoras, las mujeres que, pese a que sostenían que aquella era una sociedad igualitaria, gobernaban la ciudad. Tal vez no les importaba vivir en las entrañas de la tierra porque podían valerse de la magia para no morir aplastadas a causa de un derrumbamiento. «O quizá les guste permanecer cerca de las cuevas donde se elaboran las piedras y los cristales mágicos.»

Este pensamiento le provocó a Lorkin un cosquilleo de emoción. Se apoyó la caja que llevaba sobre el otro hombro y atravesó el arco de entrada a la ciudad con grandes zancadas. «A lo mejor esta noche lo averiguo.»

Los pasadizos de la ciudad estaban muy transitados, pues los trabajadores se dirigían a casa con sus familias. En cierto momento, los hijos de dos Traidores que se habían detenido a charlar se interpusieron en el camino de Lorkin.

—Con permiso —dijo él de forma automática mientras se abría paso entre ellos.

Tanto los adultos como los niños lo miraron, divertidos. Los modales kyralianos desconcertaban a todos los sachakanos. Los ashakis y sus familias, los habitantes libres y poderosos de las tierras bajas, se sentían demasiado superiores para expresar gratitud por los servicios de otros, y dar las gracias a los esclavos por hacer lo que no tenían más remedio que hacer les parecía ridículo. Aunque los Traidores no practicaban la esclavitud y en teoría su sociedad era igualitaria, no habían desarrollado un sentido de la urbanidad. Al principio, Lorkin había intentado comportarse como ellos, pero no quería perder la cortesía hasta el extremo de que sus compatriotas lo consideraran grosero si algún día regresaba a Kyralia.

«Me da igual que los Traidores piensen que soy un bicho raro. Eso es mejor que ser desagradecido o huraño.»

Tampoco es que los Traidores fueran antipáticos o de trato frío. Tanto los hombres como las mujeres se habían mostrado sorprendentemente cordiales. Algunas de las mujeres incluso habían intentado llevárselo a la cama, pero él había rehusado cortésmente. «Puede que sea un tonto, pero aún no me he dado por vencido con Tyvara.»

Cerca de la sala de asistencia, la versión local de un hospital, donde él trabajaba casi todos los días, aflojó la marcha para recuperar el aliento. Lo dirigía la portavoz Kalia, líder no oficial de la facción que había ordenado la ejecución de Lorkin. Él no quería que Kalia pensara que había vuelto a toda prisa por alguna razón, o que necesitaba terminar su turno a la hora. Si a ella le daba la impresión de que estaba ansioso por marcharse, le buscaría alguna tarea para retrasarlo. En cambio, si no tenía mucho que hacer, evitaba quedarse sentado descansando, pues sabía que de lo contrario Kalia encontraría alguna ocupación para él, a menudo algo desagradable e innecesario.

Por otro lado, si entraba con aire despreocupado, como si tuviera todo el tiempo del mundo, quizá ella lo castigaría por eso también. Así que adoptó su actitud serena y estoica habitual. Cuando Kalia lo vio, puso los ojos en blanco y le quitó la caja de las manos con magia.

—¿Por qué nunca se te pasa por la cabeza usar tus poderes? —suspiró, dándole la espalda para llevar la caja al almacén.

Él fingió no haber oído su pregunta. A ella no le interesaría saber que lord Rothen, el viejo profesor de Lorkin en el Gremio, sostenía que un mago no debía sustituir todo esfuerzo físico por la magia, pues podía volverse débil y enfermizo.

—¿Quiere que la ayude con eso? —preguntó.

La caja estaba llena de hierbas que se utilizarían para elaborar remedios, y él deseaba conocer la receta de algunos de ellos.

Ella lo miró por encima del hombro y frunció el ceño.

—No. Tú vigila a los pacientes.

Lorkin se encogió de hombros para disimular su desilusión y se volvió para echar un vistazo a la sala principal. Todo estaba prácticamente igual que aquella madrugada, cuando él había co-

menzado su jornada de trabajo. Las camas estaban dispuestas en filas. No había muchas ocupadas. Unos pocos niños se recuperaban de enfermedades o lesiones típicas de la infancia, y una anciana se reponía de una fractura en el brazo. Todos dormían.

La idea de ponerlo a trabajar en la sala de asistencia se le había ocurrido a Kalia, y él estaba seguro de que lo había hecho para poner a prueba su determinación de no enseñar a los Traidores a sanar por medio de la magia. Por el momento, no habían llegado pacientes con dolencias o heridas que pudieran ser mortales a menos que él las curara con magia, pero era algo que sucedería tarde o temprano. Cuando ocurriera, él preveía que Kalia encendería los ánimos de los demás contra él. Tenía un plan para contrarrestar el de Kalia, pero detrás de su aspecto y comportamiento maternales había una mente astuta. Era posible que ella hubiese adivinado ya sus intenciones. A Lorkin no le quedaba más que esperar a ver qué sucedía.

En aquel momento no podía esperar. Necesitaba estar en otro sitio. Se le hacía cada vez más tarde, así que siguió a Kalia al interior del almacén.

—Por lo visto tiene usted mucho trabajo —observó.

—Así es —dijo ella sin alzar la vista hacia él—. Pasaré la noche en vela.

—No pegó ojo anoche —le recordó Lorkin—. Eso no es bueno para usted.

—No seas idiota —espetó ella, fulminándolo con la mirada—. Puedo arreglármelas perfectamente sin dormir. Hay que hacer esto ahora. Y debe hacerlo alguien que sepa lo que se trae entre manos. —Apartó los ojos de él—. Vete. Tómate la noche libre.

Lorkin no le dio la menor oportunidad de cambiar de idea. Se sonrió, divertido, mientras salía de la sala de asistencia. Los sanadores del Gremio sabían lo perjudicial que era la falta de sueño para el organismo porque sus poderes les permitían percibir los efectos. Los Traidores, como no sabían sanar con magia, nunca habían caído en la cuenta de su error y creían que dormir bien era un lujo innecesario.

Él no había intentado convencerlos de lo contrario, pues recordarles lo que no sabían habría sido una falta de tacto. Muchos años atrás, su padre había prometido a los Traidores que les enseñaría la sanación mágica si ellos le revelaban a cambio el secreto de la magia negra, pese a que no contaba con la autorización del Gremio para transmitir dicho conocimiento y, lo que era más importante, la magia negra les estaba prohibida a los magos del Gremio.

Por aquel entonces, muchos niños Traidores habían contraído una enfermedad mortal, y la técnica de la magia sanadora habría podido salvarlos. La magia negra había permitido a Akkarin escapar de los ichanis que lo habían esclavizado y regresar a Kyrulia, pero nunca había vuelto a Sachaka para cumplir su parte del trato. Desde que se había enterado de la promesa rota de su padre, Lorkin había barajado varias explicaciones posibles. Akkarin sabía que el hermano del ichani que lo había sometido a la esclavitud planeaba invadir Kyrulia. Quizá se había sentido obligado a lidiar primero con esta amenaza. Tal vez no podía poner al Gremio sobre aviso sin revelar que había aprendido magia negra, a pesar de la prohibición. Posiblemente le había parecido demasiado peligroso regresar solo a Sachaka, donde corría el riesgo de que los ichanis lo capturaran de nuevo o el hermano de quien había sido su amo se vengara de él.

Quizá nunca había tenido la intención de mantener su palabra. Después de todo, cuando por fin le ofrecieron su ayuda, los Traidores ya conocían su terrible situación desde hacía un tiempo, mientras que socorrían continuamente a otros —sobre todo a mujeres de Sachaka— sin pedirles nada a cambio. Que no hubieran ayudado a Akkarin a recuperar la libertad hasta que vieron un posible beneficio en ello demostraba sin lugar a dudas lo despiadados que podían ser.

Los pasadizos prácticamente se habían vaciado, lo que permitió a Lorkin avanzar más deprisa e incluso arrancar a trotar cuando no había nadie alrededor que pudiera verlo. Si algún miembro de la facción de Kalia se percataba de que tenía prisa, quizá iría a contárselo.

La vida en aquel lugar no hacía honor a la sociedad pacífica o incluso justa que Tyvara le había descrito, a pesar de los principios de igualdad que profesaban los Traidores. «Aun así, las cosas funcionan mejor que en muchos otros países, sobre todo que en el resto de Sachaka. No practican la esclavitud, y el trabajo se asigna a las personas en función de sus habilidades y no según un sistema de clases heredado. Quizá traten a los hombres de manera distinta que a las mujeres, pero también lo hacen las otras culturas, a la inversa. La mayor parte de las culturas tratan a las mujeres mucho peor que las Traidoras a los hombres.»

Pensó en el amigo más reciente e íntimo que tenía en Refugio, un hombre llamado Evar, con el que había quedado aquella noche. El joven Traidor se había acercado a él por curiosidad, pues era el único otro mago varón de Refugio que aún no se había emparejado con una mujer. Lorkin había descubierto que su primera impresión sobre la posición que ocupaban los magos varones en la sociedad local era errónea: había supuesto que si había hombres magos, era porque los Traidores les ofrecían las mismas oportunidades de aprender magia que a las mujeres. Lo cierto era que todos los magos varones del lugar eran natos; personas cuyos poderes mágicos se habían manifestado de forma espontánea, lo que obligaba a las magas Traidoras a elegir entre instruirlos o dejarlos morir cuando perdieran el control sobre su energía. En todos los demás casos, los conocimientos de magia estaban vedados a los hombres.

No obstante, los pocos afortunados que eran natos tampoco gozaban de los mismos derechos que las mujeres. A ellos no les enseñaban magia negra. Era una forma de garantizar que hasta las magas más débiles fueran más poderosas que los hombres, pues podían incrementar su fuerza absorbiendo la magia de otras personas.

«Sería interesante saber... si me habrían permitido entrar en Refugio si hubiera estado iniciado en la magia negra.»

No reflexionó más sobre ello, pues había llegado por fin a su destino: el «dormitorio masculino», una habitación espaciosa

en la que se alojaban los Traidores varones que eran demasiado mayores para vivir con sus padres pero que aún no habían sido elegidos como compañeros por una mujer.

Evar estaba conversando con dos hombres, pero se apartó de ellos cuando vio entrar a Lorkin. Como la mayoría de los Traidores varones, era delgado y de huesos finos, a diferencia del típico sachakano libre de las tierras bajas, más bien alto y ancho de espaldas. Lorkin se preguntó, no por primera vez, si los hombres Traidores habían empequeñecido a lo largo del tiempo para adaptarse mejor a su categoría social.

—Evar —dijo Lorkin—. Siento llegar tarde.

Evar se encogió de hombros.

—Comamos algo.

Lorkin titubeó y luego lo siguió a la zona de preparación de alimentos, donde uno de los hombres había cocido una olla de sopa humeante para la cena de todos. Aquello no entraba en lo previsto. ¿Había vuelto Lorkin demasiado tarde? ¿Había cambiado de planes Evar?

—¿Al final daremos ese paseo que propusiste? —dejó caer Lorkin intentando aparentar la mayor despreocupación posible.

Evar asintió.

—Sí, si todavía quieres. —Se inclinó hacia él—. Algunas de las pedreras tienen que trabajar hasta tarde —murmuró el joven mago—. Hay que darles tiempo para que terminen y se vayan.

Lorkin sintió un nudo en el estómago.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó mientras se acercaban a una de las largas mesas para comer y se sentaban a cierta distancia de los hombres que ya estaban cenando.

Evar masticó y tragó antes de dedicar a Lorkin una sonrisa tranquilizadora.

—Nada de lo que voy a enseñarte es secreto. Cualquiera que quiera echar una ojeada puede hacerlo, siempre y cuando vaya acompañado de un guía, guarde silencio y no estorbe.

—Pero es que yo no soy cualquiera.

—Se supone que eres uno de nosotros. La única diferencia es que a ti te han dicho que no puedes marcharte. Si yo intentara irme, bueno, dudo que pudiera llegar muy lejos sin permiso, y no es probable que me lo concedieran. No les gusta que haya muchos Traidores fuera de la ciudad. Cada espía constituye un riesgo, aun con una piedra que bloquee la lectura mental. ¿Qué pasaría si uno de ellos sujetara la piedra en la mano y alguien se la cortara?

Lorkin torció el gesto.

—Aun así, dudo que a nadie le haga gracia que yo entre allí —comentó, volviendo al tema anterior—, o que tú me lleves.

Evar tomó el último bocado de su cena.

—Seguramente no, pero mi querida tía Kalia me adora. —Aunque Lorkin nunca había visto a Kalia charlar informalmente con Evar, era cierto que parecía tenerle aprecio a su sobrino—. ¿Vas a acabarte eso?

Negando con la cabeza, Lorkin empujó los restos de su cena hacia un lado. Estaba demasiado nervioso para seguir comiendo. Evar contempló el tazón medio lleno con el entrecejo arrugado y, sin decir una palabra, lo cogió y apuró su contenido. Puesto que las tierras para cultivos y para el ganado eran limitadas, los Traidores no veían con buenos ojos que se desperdiciaran alimentos. Además, Evar siempre tenía hambre. Se pusieron de pie, lavaron y guardaron los utensilios que habían empleado y salieron del dormitorio masculino. Lorkin notó que el estómago se le retorció y se le revolvía a causa de la ansiedad, pero al mismo tiempo estaba lleno de impaciencia y expectación.

—Iremos por una de las entradas traseras —musitó Evar—. Así será menos probable que alguien te vea entrar.

Mientras atravesaban la ciudad, Lorkin meditó sobre lo que esperaba averiguar. El Gremio había sostenido durante siglos que no existían objetos mágicos reales, solo cosas normales con una integridad estructural o unas propiedades mejoradas —como edificios reforzados por medio de la magia, o las pare-

des luminosas de la universidad— que se debían a que estaban hechas de un material en el que la magia actuaba con lentitud y por tanto seguía produciendo efecto mucho tiempo después de que el mago dejara de trabajar en ellas. Ni siquiera las «gemas de sangre» de vidrio podían considerarse objetos mágicos. Aunque canalizaban la comunicación mental entre el portador y el creador impidiendo que otros magos la oyeran, no contenían magia.

Sospechaba que algunas de las gemas de Refugio sí la contenían. En su mayor parte eran como gemas de sangre en el sentido de que se trataba de piedras que transformaban la magia que se les infundía con un propósito determinado. Otras parecían encerrar en sí una magia lista para ser utilizada de alguna manera. Todos los Traidores que se aventuraban a salir de su ciudad secreta llevaban una piedra diminuta insertada bajo la piel que no solo les permitía proteger su mente si un mago sachakano se la leía, sino también proyectar pensamientos inocentes e inoctrinos. Los pasillos y las habitaciones de la ciudad estaban iluminados por gemas que despedían luz. En la sala de asistencia en la que Lorkin atendía a los enfermos había varias piedras con propiedades útiles, desde emitir un brillo tenue o producir una vibración suave que aliviaba los dolores musculares hasta cauterizar heridas.

Si la información que contenían los documentos históricos que Lorkin y Dannyl habían descubierto era correcta, entonces era posible que una gema almacenara una cantidad enorme de magia. En Arvice, la capital de Sachaka, había habido una de estas piedras de almacenaje muchos siglos atrás. Según Chari, una mujer que había ayudado a Lorkin y a Tyvara a llegar a Refugio sanos y salvos, los Traidores habían oído hablar de las piedras de almacenaje, pero no sabían cómo elaborarlas. Quizá era cierto, o quizá ella había mentido para proteger a su pueblo.

Si el conocimiento sobre cómo crear las piedras de almacenaje se conservaba aún, podía ahorrar al Gremio la necesidad de permitir que algunos magos aprendieran magia negra por si

volvía a producirse una invasión de magos sachakanos. En vez de ello, podrían almacenar magia en las piedras y utilizarlas para la defensa del país.

Por eso Lorkin iba a visitar las cuevas de las pedreras, pese a los riesgos que esto implicaba. No quería aprender a fabricar las piedras, sino confirmar que tenían el potencial que esperaba. Entonces tal vez podría negociar un intercambio de información entre el Gremio y los Traidores: la elaboración de piedras a cambio de la sanación mágica. El trueque sería beneficioso para ambos pueblos.

Él sabía que le costaría mucho esfuerzo convencer a los Traidores de que consideraran siquiera esta posibilidad. Como llevaban siglos ocultándose de los ashakis, protegían celosamente la seguridad de su ciudad secreta y su estilo de vida. Tenían prohibida la comunicación mental, pues podía atraer una atención no deseada hacia la ciudad. Los únicos Traidores a los que se permitía entrar y salir del valle eran espías, con pocas excepciones.

Sin embargo, mientras seguía a Evar, adentrándose en la red de galerías subterráneas, a Lorkin empezó a preocuparle que fuera demasiado pronto para visitar las cuevas. No quería dar a los Traidores motivos para desconfiar de él.

Por otro lado, por su condición de forastero, tal vez nunca se fiarían de él por completo. Solo necesitaba ganarse la confianza suficiente para persuadirlos de que comerciaran con el Gremio y las Tierras Aliadas. «Quizá acaben por caer en la cuenta de que no me han prohibido oficialmente visitar las cuevas y reparen su error. Debo aprovechar esta ocasión.»

Evar tenía una opinión distinta: «Los Traidores tomamos nuestras propias decisiones o, mejor dicho, no nos gusta que otros decidan por nosotros. Si quieres que hagamos algo, tienes que hacernos creer que la idea se nos ha ocurrido a nosotros mismos. Si alguien nos sorprende curioseando en las cuevas, al menos será una manera de recordar a todos que poseemos algo que podría interesar al Gremio a cambio de la sanación mágica».

—Hemos llegado —anunció Evar, volviendo la cabeza hacia atrás para mirar a Lorkin.

Habían estado recorriendo un pasadizo tan angosto que no podían caminar el uno al lado del otro. Evar se había detenido junto a una abertura lateral. Por encima del hombro de su amigo, Lorkin vio una sala bien iluminada. El corazón le dio un vuelco.

«¡Hemos llegado!»

Evar le hizo una seña para que lo siguiera y pasó al interior de la sala. Avanzando tras él, Lorkin paseó la vista por aquel espacio inmenso. Cuando posó la mirada en las paredes, inspiró bruscamente.

Estaban recubiertas de gemas centelleantes de colores vivos. Al principio le pareció que estaban distribuidas de forma aleatoria, pero al fijarse en las zonas de color se percató de que había franjas, volutas y manchas de tonos similares. Se dio la vuelta para contemplar la pared que tenían detrás y advirtió que había piedras de tamaños diversos, desde partículas diminutas hasta cristales tan grandes como la uña de su pulgar.

Era precioso.

—Aquí hacemos las piedras de luz —le dijo Evar, indicándole con un gesto que se acercara y encaminándose hacia una sección resplandeciente de la pared—. Son las más fáciles de fabricar, y salta a la vista si están bien hechas o no. Ni siquiera hace falta una piedra de duplicación.

—¿Una piedra de duplicación? —repitió Lorkin.

Evar ya las había mencionado antes, pero Lorkin no tenía muy claro para qué servían.

—Mira, te enseñaré una. —Evar cambió de dirección bruscamente y guió a Lorkin hacia una de las numerosas mesas que había en la sala. Abrió una caja de madera en la que había una gema sobre una almohadilla de una fibra sedosa y fina—. Para hacer piedras de luz basta con grabar en las gemas que están creciendo el mismo pensamiento que se usa para generar una luz mágica. Pero en el caso de las piedras para usos más complicados, es más fácil coger una que ya ha crecido de forma

adecuada y proyectar la pauta en su interior. Esto permite reducir los fallos y el número de piedras defectuosas, y también cultivar varias piedras a la vez.

Lorkin asintió. Señaló otra zona.

—¿Y esas piedras qué función tienen?

—La de crear y mantener una barrera. Se utilizan para detener temporalmente un curso de agua o evitar derrumbamientos de rocas. Echa un vistazo a esto. —Se aproximaron a una pared de minúsculos cristales negros—. Serán bloqueadores mentales. Su elaboración lleva mucho tiempo porque es muy complicada. Resultaría más fácil si solo tuvieran que bloquear los pensamientos del portador, pero también tienen que permitirle proyectar los pensamientos que la persona que le lee la mente espera percibir, para engañarla de forma que no sospeche nada. —Evar observó las pequeñas piedras con admiración—. No los inventamos nosotros. Solíamos comprarlos a las tribus dúneas.

La advertencia de Dannyl de que los Traidores habían robado al pueblo dúneo el secreto para fabricar piedras mágicas le vino a la mente a Lorkin. Tal vez esto solo reflejaba el punto de vista de los dúneos. Quizá se trataba de otro acuerdo que había salido mal, como aquel que su padre había establecido con los Traidores.

—¿Seguís comerciando con ellos? —preguntó.

Evar sacudió la cabeza.

—Superamos sus conocimientos y técnicas hace siglos. —Miró hacia su derecha—. Estas son algunas de las piedras que desarrollamos nosotros. —Se acercaron a una zona de gemas grandes, cuya superficie relucía con una iridiscencia que recordó a Lorkin el interior de las conchas exóticas pulidas—. Son piedras de llamada. Al igual que las gemas de sangre, nos sirven para comunicarnos a distancia, pero solo con las piedras junto a las que crecieron. Como es difícil llevar un control de las que tienen un vínculo entre sí, no podemos dejar de fabricar gemas de sangre.

—¿Y por qué querríais dejar de fabricarlas?

Evar le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿No conoces sus puntos débiles?

—Bueno... Deja que lo adivine: ¿el creador de estas otras piedras no ve en todo momento los pensamientos del portador?

—Así es, y la gema no recibe todos los pensamientos y sensaciones del usuario, solo los mensajes que este envía.

—Eso supone una mejora, desde luego. —Lorkin se volvió para examinar la sala. Había muchas franjas de gemas y mesas repletas de objetos orientadas hacia las paredes—. ¿Para qué sirven esas piedras? —inquirió, señalando con la mano una sección extensa.

Evar se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente. Creo que se trata de un experimento. De algún tipo de arma.

—¿Arma?

—Para defender la ciudad, si alguna vez nos invaden.

Lorkin movió la cabeza afirmativamente y se quedó callado. Cualquier pregunta sobre armas le parecería sospechosa incluso a su nuevo amigo.

—Las piedras-arma tienen que ser capaces de hacer cosas que un mago no pueda hacer por sí solo —dijo Evar—. Son para personas de habilidad o formación insuficientes, o para magos que hayan agotado su energía. Espero que ayuden a afinar la puntería al lanzar azotes. No se me daban muy bien los combates de entrenamiento, así que si algún día nos atacan, me vendrá bien toda la ayuda posible.

—Pero ¿tendrías que luchar siquiera? —preguntó Lorkin—. Según creo, en las batallas entre los magos negros, las personas de baja categoría como tú y yo solo resultan útiles como fuentes de magia adicional. Seguramente cederíamos nuestra energía a alguna maga negra y luego nos enviarían a algún sitio donde no molestáramos.

Evar asintió y miró a Lorkin de reojo.

—Sigue pareciéndome extraño que llames a la magia superior «magia negra».

—En Kyrallia, el negro es un color que simboliza el peligro y el poder —explicó Lorkin.

—Eso me has dicho. —Evar apartó la vista y la paseó por la sala como buscando algo más que mostrar a Lorkin. De pronto abrió mucho los ojos y emitió un sonido bajo—. Oh, oh.

Al seguir la dirección de su mirada, Lorkin vio que una joven había entrado en la sala por la puerta arqueada principal. Resistió la tentación de volverse para buscar la entrada pequeña de atrás; debía de estar a varios pasos de distancia, y la mujer los vería antes de que llegaran allí.

«Al parecer vamos a meternos en ese lío que Kalia quería que evitáramos.»

Al cabo de un momento, la mujer alzó la vista y reparó en su presencia. Sonrió a Evar, pero cuando posó la mirada en Lorkin, su sonrisa se desvaneció. Se detuvo y lo observó con aire pensativo antes de volverse y marcharse de la sala.

—¿Has visto bastante? Porque creo que ya va siendo hora de irnos —susurró Evar.

—Sí —respondió Lorkin.

Evar dio un paso hacia la entrada trasera y se quedó quieto.

—No, salgamos por la puerta principal. No nos conviene parecer culpables ahora que nos han descubierto.

Intercambiaron una sonrisa sombría, respiraron hondo y echaron a andar hacia el arco por el que se había alejado la mujer. Cuando estaban a punto de alcanzarlo, apareció otra mujer de aspecto furibundo. Los vio y se les acercó con grandes zancadas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a Lorkin con voz imperiosa.

—Hola, Chava —saludó Evar—. Lorkin está aquí conmigo. Ella se volvió hacia Evar.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué hace él aquí?

—Estoy enseñándole las cuevas —contestó Evar. Se encogió de hombros—. Ninguna norma lo prohíbe.

La mujer frunció el ceño y pasó la vista de Evar a Lorkin antes de fijarla de nuevo en el primero. Abrió la boca, la cerró de nuevo y una expresión de irritación asomó a su rostro.

—Puede que no lo prohíba ninguna norma —le dijo a Evar—,

pero hay... otras consideraciones. Sabes lo peligroso que es interrumpir y distraer a las pedreras.

—Claro que lo sé. —Tanto el semblante como el tono de Evar denotaban seriedad—. Por eso he esperado a que las pedreras terminaran su jornada y se fueran a casa, y no he llevado a Lorkin a las cuevas interiores.

Ella enarcó las cejas.

—No te corresponde a ti decidir cuándo es el momento apropiado. ¿Has pedido permiso para realizar esta visita?

Evar sacudió la cabeza.

—Nunca había tenido que pedirlo.

Un brillo triunfal en la mirada de Chava hizo que a Lorkin se le cayera el alma a los pies.

—Pues deberías haberlo hecho —replicó—. Tengo que denunciar esta falta, y no quiero perder de vista a ninguno de los dos hasta que las autoridades estén enteradas de lo ocurrido y decidan qué hacer con vosotros.

Cuando giró sobre sus talones y se alejó con paso decidido hacia el arco, Lorkin miró a Evar. El joven sonrió y le guiñó un ojo. «Espero que tenga razón respecto a no tener que pedir permiso —pensó Lorkin mientras los dos seguían a Chava a toda prisa—. Espero también que no haya alguna norma o ley de la que nadie me ha hablado.» Las portavoces le habían indicado que se familiarizara con las leyes de Refugio y las cumpliera, y él había procurado hacerlo a conciencia.

Sin embargo, no podía estar tan despreocupado como Evar. Aunque ambos tuvieran razón, la reacción de Chava había confirmado los temores de Lorkin: había puesto a prueba la confianza de los Traidores al visitar las cuevas. Solo esperaba no haber ido demasiado lejos ni haber echado por tierra sus esperanzas de conseguir que comerciaran con el Gremio... o que lo dejaran volver a casa.

Una llegada inesperada

Dannyl dejó su pluma en la mesa, se reclinó contra el respaldo de la silla y suspiró.

«Nunca pensé que al asumir de nuevo el cargo de embajador del Gremio, esta vez en un país como Sachaka, acabaría sentado sin hacer nada, aburrido y solo.»

Como Sachaka no pertenecía a las Tierras Aliadas, no había jóvenes del lugar deseosos de ingresar en el Gremio a quienes hacer pruebas para evaluar sus poderes mágicos, ni asuntos relacionados con magos del Gremio locales de los que ocuparse, ni magos del Gremio visitantes a quienes buscar alojamiento y con quienes concertar reuniones. Solo llegaba a sus manos alguna que otra comunicación entre el Gremio y el rey o la clase dominante de Sachaka, y de vez en cuando debía resolver alguna cuestión comercial o remitirla a otra persona. Esto significaba que tenía muy poco que hacer.

Durante sus primeras semanas en Sachaka, las cosas no eran así. O, más bien, su trabajo consistía en lo mismo, pero también dedicaba mucho tiempo —sobre todo las últimas horas de la tarde— a visitar a sachakanos importantes y poderosos. Desde que había regresado tras perseguir a Lorkin y a su secuestradora hasta las montañas, prácticamente había dejado de recibir invitaciones a cenar y conversar con ashakis, la poderosa élite de Sachaka.

Dannyl se puso de pie y vaciló por un momento. A los esclavos no les gustaba que se paseara por la Casa del Gremio. Se

apartaban de su camino rápidamente o lo observaban con disimulo desde detrás de las esquinas. Él los oía susurrar advertencias antes de que pasara, lo que le impedía concentrarse. Caminaba de un lado a otro para meditar, y no necesitaba que unos susurros interrumpieran sus pensamientos.

«Al final aprenderán a mantenerse alejados de mí —se dijo, saliendo de detrás del escritorio—. De lo contrario, tendré que acostumbrarme a andar en círculos en mi habitación.»

Cuando cruzó la puerta de su despacho hacia el salón principal de sus aposentos, un esclavo que estaba de pie contra la pared se postró en el suelo. Dannyl agitó la mano para indicarle que se retirara. Tras dirigirle una mirada cautelosa y calculadora, el esclavo se puso de pie a toda prisa y desapareció por el pasillo.

A paso lento, Dannyl cruzó la estancia y enfiló el pasillo. Resultaba curioso y un poco irónico que el diseño de las casas sachakanas invitara a pasearse por ellas. Las paredes rara vez eran rectas, y los corredores de la zona privada más grande del edificio serpenteaban con curvas suaves que acababan por encontrarse.

El siguiente conjunto de habitaciones era el que había ocupado Lorkin. Dannyl se detuvo por unos instantes ante la entrada principal, antes de pasar al interior. Cualquiera día llegaría un ayudante sustituto y se instalaría allí. Dannyl se acercó a la puerta del dormitorio y fijó la vista en la cama.

«Creo que será mejor que no mencione que allí yació una esclava muerta —reflexionó—. A mí me inquietaría tener que dormir aquí sabiendo eso; seguramente me pasaría la noche despierto, intentando no imaginar un cadáver tendido junto a mí.»

Descubrir el cuerpo había sido desagradable, pero había sido peor enterarse de que Lorkin se había esfumado junto con otra esclava. Al principio se había preguntado si estaba justificado el temor de Sonea de que los familiares de los invasores sachakanos que Akkarin y ella habían matado hacía más de veinte años quisieran vengarse en su hijo.

Después de interrogar a los esclavos y seguir las pistas que había encontrado con la ayuda del representante del rey de Sachaka, el ashaki Achatí, había descubierto que no era así. Las personas que habían secuestrado a Lorkin eran unos rebeldes conocidos como los Traidores. Achatí había conseguido que cinco magos ashakis se unieran a ellos en su persecución de Lorkin y su secuestradora, que los había llevado hasta las montañas; al territorio de los Traidores.

Sin embargo, un grupo formado por solo seis magos sachakanos y un mago del Gremio jamás habría podido hacer frente a los Traidores si estos los atacaban. Dannyl había caído en la cuenta de que el único motivo por el que los Traidores no se habían abalanzado sobre ellos era el riesgo de que esto diera lugar a más incursiones en su territorio. No obstante, si Dannyl y sus acompañantes hubieran estado a punto de descubrir la base de los Traidores, estos los habrían matado. Por fortuna, Lorkin se había reunido con Dannyl y le había asegurado que quería irse con los Traidores y averiguar más cosas sobre ellos.

Dannyl dio la espalda a lo que había sido la alcoba de Lorkin y salió despacio de los aposentos, notando que el desánimo se apoderaba de él. Había sido un alivio para él saber que Lorkin estaba a salvo. Incluso se había emocionado ante las esperanzas del joven de aprender técnicas de magia que el Gremio desconocía. De lo que no había cobrado conciencia era de lo incómoda que había resultado la situación para sus acompañantes ashakis.

Se habían sentido obligados a prolongar la búsqueda hasta encontrar a Lorkin. Renunciar por miedo a que los atacaran habría supuesto un duro golpe para su orgullo. Dannyl les había ahorrado la humillación al tomar él mismo la decisión. Le parecía que era lo menos que podía hacer, después de que ellos pusieran su vida en peligro por él y por Lorkin. Pero no había imaginado que esto perjudicaría su prestigio entre la élite sachakana.

El pasillo se curvaba a la izquierda. Dannyl deslizó la punta de los dedos sobre la pared enlucida de blanco y se detuvo fren-

te a la puerta de otros aposentos. Eran para invitados, y rara vez habían alojado a alguien durante los muchos años en que el Gremio había utilizado el edificio.

«He caído en desgracia —pensó Dannyl—, por haber abandonado la caza, por haber huido de los Traidores como un cobarde, y seguramente también por haber dejado que un mago del Gremio que estaba bajo mi responsabilidad y era mi subordinado se uniera a los enemigos del pueblo sachakano.»

En caso de que se le presentara de nuevo esta disyuntiva, él tomaría la misma decisión. Si era verdad que los Traidores practicaban un nuevo tipo de magia, y Lorkin era capaz de convencerlos de que se lo enseñaran y lo dejaran regresar a casa, sería la primera vez en varios siglos que el Gremio aumentara su bagaje de conocimientos mágicos. A su modo de ver, la magia negra no era algo nuevo; se trataba más bien de un redescubrimiento, y muchos la consideraban peligrosa y desaconsejable.

El ashaki Achatí le había asegurado que algunos valoraban el «sacrificio» de su orgullo como algo admirable y noble. Dannyl habría podido evitarlo pidiendo a sus acompañantes ashakis que lo ayudaran a tomar una decisión, con lo que habría repartido el deshonor entre todos. Sin embargo, esto habría implicado el riesgo de que el grupo decidiera seguir adelante con la persecución, lo que no habría beneficiado a nadie.

En vez de entrar en los aposentos para invitados, Dannyl continuó avanzando por el pasillo. Poco después llegó a la sala maestra, el principal espacio común del edificio. Era allí donde el propietario o la persona de mayor jerarquía en una casa típica sachakana recibía y agasajaba a sus visitas. Estas entraban desde el patio principal, donde un esclavo portero salía a su encuentro para guiarlos a través de una puerta de aspecto sorprendentemente modesto y por un pasillo corto hasta aquella sala.

Dannyl se sentó en uno de los taburetes dispuestos en semicírculo, pensando en las numerosas comidas deliciosas que le habían servido cuando estaba sentado en muebles similares en salones parecidos. A Achatí, el representante del rey, le habían asignado la función de presentar a Dannyl a personas impor-

tantes e instruirlo respecto al protocolo sachakano y sus costumbres. Resultaba interesante y a la vez un poco preocupante que aquel hombre fuera el único que todavía podía visitar a Dannyl sin incurrir en la desaprobación de los demás. ¿Era Achatí inmune a las normas sociales, o había otra explicación?

«¿Me visita porque su interés hacia mí no es solo político?»

Dannyl recordó el momento en que Achatí le había confesado que le habría gustado que entre ambos hubiera algo más que amistad. Como siempre, una mezcla de sentimientos bullía en su interior: se sentía halagado, inquieto, receloso y culpable. La culpabilidad no era de extrañar, razonó. Aunque antes de marcharse de Kyrália estaba descontento con Tayend, su amante, y ambos se habían distanciado, no habían tomado la decisión explícita de romper.

«Sigo sin estar seguro de querer hacerlo. Tal vez sea un sentimental que se aferra a algo que solo existe en el pasado. Pero cuando me pregunto si estoy interesado en Achatí, no se me ocurre una respuesta clara. Admiro al hombre. Creo que tenemos mucho en común, la magia, nuestros intereses, nuestra edad...»

Un esclavo entró en la habitación y se arrojó al suelo. Dannyl suspiró, molesto por la distracción.

—Habla —ordenó.

—Un carruaje del Gremio está aquí. Dos pasajeros.

Dannyl se levantó de golpe, con el corazón desbocado de emoción y esperanza. Por fin había llegado su nuevo ayudante. Aunque no tenía ningún trabajo que encargarle, al menos contaría con su compañía.

—Hazlos pasar. —Dannyl se frotó las manos, dio unos pasos hacia la puerta principal y de pronto se detuvo—. Y que alguien traiga algo de comer y de beber.

El esclavo se puso de pie apresuradamente y se alejó con paso rápido. Dannyl oyó que una puerta se cerraba y unos pasos se acercaban por el pasillo de entrada. El esclavo portero entró en la sala y se dejó caer a los pies de Dannyl.

La joven sanadora que lo seguía contempló al esclavo con

consternación antes de alzar la vista hacia Dannyl y dedicarle un gesto cortés con la cabeza. Él se disponía a darle la bienvenida, pero las palabras no llegaron a salir de su boca, porque su mirada se había posado en un hombre con ropa de colores chillones que había aparecido detrás de ella y examinaba la sala con ojos llenos de una curiosidad ávida.

Unos ojos que se clavaron en Dannyl y centellearon mientras una boca que le resultaba conocida se curvaba en una sonrisa.

—Te saludo, administrador Dannyl —dijo Tayend—. Mi rey me ha asegurado que el Gremio proporcionará alojamiento al embajador de Elyne en Sachaka, pero si esto supone algún problema, estoy seguro de que encontraré un hospedaje adecuado en la ciudad.

—¿El embajador de...? —repitió Dannyl.

—Sí. —La sonrisa de Tayend se ensanchó—. Soy el nuevo embajador de Elyne en Sachaka.

A pesar de que ninguna norma del Gremio prohibía ya relacionarse con delincuentes, y aunque era lógico que Sonea pidiera consejo a Cery para dar caza a un mago renegado después de que él la hubiera ayudado a capturar a otra, los dos seguían reuniéndose en secreto. Unas veces, el ladrón se presentaba de forma misteriosa en sus aposentos del Gremio, otras, ella se disfrazaba y se encontraba con él en alguna zona recóndita de la ciudad. Uno de los puntos de encuentro más seguros había resultado ser el almacén del hospital de Ladonorte, al que se accedía por una puerta oculta desde una casa contigua que Cery había comprado.

Era menos arriesgado reunirse a escondidas porque el ladrón más poderoso de la ciudad, el mago renegado que ella intentaba atrapar, no le tenía mucho aprecio a Cery por haber ayudado al Gremio a prender y encerrar a Lorandra, su madre. Skellin seguía ejerciendo una influencia enorme sobre los bajos fondos de Imardin y estaba dispuesto a todo —y eso incluía

asesinar a quienes lo perseguían— para evitar que lo capturasen también.

«Aunque no he encontrado el menor rastro de Skellin en los últimos meses.» Si bien Sonea había obtenido al fin permiso para recorrer la ciudad libremente, ninguna de sus pesquisas le había proporcionado pistas sobre el paradero del renegado. Era más probable que los hombres de Cery supieran si alguien había visto al mago renegado, pero no tenían noticias al respecto. Aunque un hombre de aspecto exótico como Skellin difícilmente habría pasado inadvertido, no habían oído ningún rumor sobre un hombre delgado de piel morena rojiza y ojos extraños.

—Mi territorio está infestado de vendedores de carroña que trabajan para él —le dijo Cery a Sonea—. En cuanto cierro una casa de braseros, ellos abren otra. Me ocupo de un vendedor, y aparecen diez más. Da igual la manera en que me ocupe de ellos; nada los desalienta.

Sonea no quiso preguntarle cómo se «ocupaba» de ellos exactamente. No creía que se limitara a pedirles amablemente que se marcharan.

—Al parecer tienen más miedo de Skellin que de ti. Sin duda eso significa que él sigue en la ciudad.

Cery negó con la cabeza.

—Es posible que haya alguien más que intimida a los vendedores en su nombre. Cuando uno tiene aliados y a suficientes personas que trabajan a sus órdenes, puede controlar su negocio a distancia. El único inconveniente es el tiempo que uno tarda en hacer llegar sus órdenes a su gente.

—¿Y si ponemos eso a prueba? Podemos crear una situación de la que Skellin tenga que encargarse en persona. Colocarlo ante una decisión que ni sus aliados ni sus empleados puedan tomar por él. Veremos cuánto tarda en producirse una reacción, y esto nos revelará si él está en Imardin o no.

Cery frunció el ceño.

—Podría funcionar. Tenemos que pensar en algo lo bastante gordo para captar su atención, pero que no ponga a nadie en peligro.

—Algo convincente. Dudo que sea fácil hacerlo caer en una trampa.

—Cierto —convino Cery—. Lo malo es que no puedo...

Sonea arrugó el entrecejo. Cery había fijado los ojos en un punto situado detrás del hombro de ella y todo su cuerpo se había puesto tenso. Se oyó un chirrido suave procedente de la puerta que ella tenía a su espalda. Al volverse, vio que la manija giraba despacio, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

Como ella mantenía la puerta cerrada con magia, la persona que intentaba abrirla no tenía la menor posibilidad de entrar, pero, quienquiera que fuese, pretendía colarse en la habitación a hurtadillas.

—Más vale que me vaya —dijo Cery en voz baja.

Ella asintió en señal de conformidad y ambos se pusieron de pie.

—Pensemos en ello.

«¿Cuánto tiempo lleva al otro lado de la puerta la persona que está haciendo girar la manija? ¿Habría oído algo de lo que hemos dicho? —Nadie salvo los sanadores y ayudantes debía estar en aquella zona del hospital, y cualquier otra persona que merodeara cerca del almacén despertaría sospechas—. A menos que sea un sanador.» Un puñado de ellos estaba al corriente de sus entrevistas con Cery y la apoyaba, pero había otros que no y que considerarían inaceptable que ella utilizara habitaciones del hospital con este fin.

Se acercó a la puerta y esperó a que Cery se escabullera silenciosamente por la salida secreta antes de enderezarse y retirar el cierre mágico.

El pestillo emitió un chasquido, y la puerta se abrió hacia dentro. Un hombre menudo dio un paso al frente sonriendo como un demente. Cuando vio a Sonea y bajó la mirada hacia su túnica negra, su sonrisa cedió el paso a una mueca de esparto. Palideció y empezó a recular.

Pero algo lo detuvo. Algo hizo que se parara y que una expresión de esperanza enloquecida asomara a su rostro. Algo

lo impulsó a dejar a un lado el miedo que le inspiraba ella y la posición que ocupaba.

—Por favor —gimió—. Necesito un poco. Dame un poco.

Una oleada de compasión, rabia y tristeza la invadió. Suspiró y, tras salir de la habitación, cerró la puerta y bloqueó la cerradura con magia.

—No la guardamos aquí —le dijo al hombre. Este la miró con fijeza, y la ira ensombreció su semblante.

—¡Mentirosa! —chilló—. Sé que tú la tienes. La guardas para desenganchar a la gente poco a poco. ¡Dámela! —Crispó los dedos a manera de garras y se abalanzó sobre ella.

Sonea lo aferró de las muñecas y contuvo su acometida aplicándole una suave presión mágica contra el pecho. Ya estaba lo bastante alterado como para agravar su desesperación inmovilizándolo por completo con magia. Vio con el rabillo del ojo algo verde que se movía. Se trataba de las túnicas de unos sanadores que habían oído los gritos del hombre y se acercaban a toda prisa por el pasillo.

Poco después, dos de los sanadores sujetaban al hombre por los brazos y se lo llevaban por el pasillo, medio guiándolo, medio arrastrándolo. Un tercer sanador se quedó atrás y, cuando Sonea alzó la vista hacia él, el corazón le dio un brinco de alegría.

—¡Dorrien!

El hombre que le devolvió la sonrisa era unos años mayor que ella y tenía la piel curtida por muchas horas de sol. El hijo de Rothen era el sanador local de una población pequeña situada al pie de las montañas del sur, donde vivía con su esposa y sus hijas. Hacía mucho tiempo, cuando ella era aún una aprendiz, Dorrien había visitado el Gremio, y la amistad había surgido entre ellos, una amistad que habría podido convertirse en una relación amorosa. Pero él había tenido que regresar a su aldea, y ella a sus estudios. «Entonces me enamoré de Akkarin y después de su muerte no quería ni pensar en estar con otra persona.» Dorrien se había quedado en Imardin para ayudar en la reconstrucción después de la Invasión ichani, pero su al-

dea nunca había dejado de ser su verdadero hogar, y al final había regresado allí. Se había casado con una mujer de la localidad y había tenido dos hijas.

—Sí, he vuelto —dijo Dorrien—. Esta vez para una visita corta. —Lanzó una mirada al hombre que deliraba a causa de la droga—. ¿Me equivoco al suponer que la causa de su problema es algo llamado craña?

Sonea suspiró.

—No, no te equivocas.

—Es la razón por la que estoy aquí. Hace unos meses, un par de hombres jóvenes de mi aldea regresaron del mercado con algo de craña. Una vez que habían consumido toda la que habían comprado, se volvieron dependientes de ella. Quiero asesorarme sobre cómo debo tratarlos.

Ella le escrutó el rostro. A diferencia de los sanadores de la ciudad, no tenía prohibido «desperdiciar» su magia en tratamientos contra la droga. ¿Había intentado usar la magia sanadora para librar a los jóvenes de su hábito y había fracasado, como le había ocurrido a ella con la mayoría de los pacientes a los que había atendido en secreto?

—Acompáñame —dijo Sonea, antes de volverse y desbloquear la cerradura del almacén.

Entró tras él y cerró la puerta a su espalda. Dorrien paseó la vista por la habitación, con las cejas arqueadas, pero se sentó en la silla que Cery había ocupado antes sin hacer comentarios.

—¿Has intentado sanarlos con magia? —preguntó ella.

—Sí. —Dorrien le contó que los dos jóvenes habían acudido a él para pedirle ayuda después de darse cuenta, demasiado tarde, de que no podían permitirse la adicción a la craña, y avergonzados por haber caído en un vicio de la ciudad. Él había proyectado sus sentidos para buscar la fuente del problema en el cuerpo de los jóvenes y lo había sanado, al igual que Sonea con los pacientes que había atendido. Y, como ella, había obtenido resultados dispares. Uno de los hermanos se había curado, y el otro seguía ansioso por drogarse.

—Mi experiencia es muy similar —dijo ella—. He estado in-

tentando entender por qué es posible sanar a unas personas y a otras no.

Él asintió.

—Entonces, ¿qué me aconsejas para los casos en que no es posible?

—No deben volver a consumir la droga, porque el efecto puede intensificarse. Algunos de mis pacientes dicen que mantenerse ocupados les ayuda a sobrellevar el ansia. Otros beben, pero no en cantidades pequeñas; dicen que necesitan mucha bebida para que no flaquee su determinación de evitar la carroña.

—¿La carroña?

—Así llaman a la droga en la calle.

Dorrien hizo una mueca.

—Me parece bastante apropiado. —Fruunció el ceño y la contempló, pensativo—. Si la magia no sirve para eliminar la adicción de otras personas, ¿serviría para eliminar la nuestra? No es que sea adicto a la craña —añadió con una sonrisa tenue.

Sonea correspondió con una sonrisa lúgubre.

—También he intentado responder a esa pregunta, pero con mucho menos éxito. Por el momento no he encontrado a ningún mago consumidor de craña que esté dispuesto a dejarse examinar. He interrogado a unos pocos, pero no he conseguido las pruebas que necesito.

—¿Para qué necesitas pruebas?

—Para convencer al Gremio de que se trata de un problema grave. El plan de Skellin de esclavizar a los magos por medio de la craña podría haber funcionado. De hecho, todavía podría funcionar.

Dorrien se reclinó en su asiento y reflexionó sobre ello. Sacudió la cabeza.

—Ya ha habido magos que han cedido al chantaje y se han dejado comprar por otros medios. ¿En qué se diferencia esto?

—Quizá solo en la magnitud del problema. Por eso es necesario investigarlo más a fondo. ¿A qué porcentaje de magos les afecta la craña? Los que no se ven afectados por ella ¿acabarán

volviéndose adictos si siguen consumiéndola? ¿Hasta qué punto altera los patrones de pensamiento y de conducta?

Dorrien movió la cabeza afirmativamente.

—¿Tú qué crees? ¿Cómo de grave dirías que es el problema?

Sonea titubeó al pensar en el Mago Negro Kallen. Si Cery estaba en lo cierto y Anyi había visto al mago comprar craña, el problema podía ser muy, muy grave. Pero no quería revelar lo que sabía hasta que estuviera segura de que Kallen consumía craña y tuviera pruebas de que la droga era tan perjudicial como ella sospechaba. Tal vez él estaba comprándola para otra persona. Si ella lo acusaba de ser un adicto y se equivocaba, quedaría como una necia, y si lo desvelaba antes de demostrar que la craña era peligrosa para los magos, daría la impresión de que estaba armando demasiado escándalo por nada.

«Ah, pero desearía poder contárselo a alguien.» No se lo había dicho a Rothen, pues sabía que él querría hacer algo de inmediato. No le gustaba que Kallen la tratara como si no fuera de fiar. La instaba constantemente a vigilarlo con el mismo celo con que él la vigilaba a ella. Dorrien adoptaría la misma actitud.

—No lo sé —respondió Sonea, suspirando.

Curiosamente, la única persona a quien ella suponía que podía contárselo sin temor a que se fuera de la lengua era Regin, el mago que la había ayudado a encontrar a Lorandra. «Qué irónico que el aprendiz al que odiaba por convertir mi vida en una tortura sea ahora un mago en quien confío.» Él entendía lo importante que era hacer las cosas a su debido tiempo. Aunque ella se había reunido con Regin para hablar de la búsqueda de Skellin, no se había atrevido aún a mencionar a Kallen.

«Quizá me asusta aún más la posibilidad de que Regin no me crea y yo haga un ridículo espantoso. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Por más que intento convencerme de que ya no somos aprendices ni enemigos mortales, no puedo desterrar de mi mente la sospecha de que utilizará en mi contra cualquier debilidad que descubra. Eso es absurdo. Ha demostrado que es capaz de guardar un secreto. Me ha brindado su apoyo en todo momento.»

Sin embargo, con frecuencia no se presentaba a las citas, o llegaba tarde y parecía distraído. Sonea se temía que Regin había perdido el interés en la caza de Skellin. Quizá creía que localizar al ladrón y mago renegado era una empresa imposible. Ella misma empezaba a tener esa sensación.

Como Cery estaba obligado a permanecer oculto y sus hombres no encontraban el menor rastro de Skellin, Sonea no sabía cómo iban a encontrar al renegado, a no ser que desmontaran la ciudad piedra a piedra, algo que el rey jamás autorizaría.

El refectorio, como de costumbre, retumbaba con el entrechocar de cubiertos y platos, y las voces de los aprendices. Lilia exhaló un suspiro inaudible y renunció a intentar escuchar la conversación de sus compañeros. En vez de ello, dejó vagar la mirada por la sala.

La decoración era una extraña mezcla de refinamiento y simplicidad, de lo ornamental y lo práctico. Aunque la factura y la decoración de ventanas y paredes eran tan exquisitas como las de casi todas las grandes estancias de la universidad, los muebles eran sólidos, sencillos y robustos. Era como si alguien hubiera retirado las sillas pulidas y talladas del suntuoso comedor de la casa en la que Lilia había crecido y hubiera colocado en su lugar la mesa y los bancos de madera maciza de la cocina.

Los comensales constituían también una mezcla abigarrada. Allí había aprendices de todas clases, desde miembros de las Casas más poderosas hasta hijos de mendigos, nacidos en las calles más sucias de la ciudad. Cuando Lilia había comenzado a asistir a clases de magia, se preguntaba por qué los finolis seguían comiendo en el refectorio si eran lo bastante ricos para contar con cocinero particular. La respuesta era que no tenían tiempo para salir del recinto del Gremio todos los días para comer con su familia. Además, se suponía que no debían salir sin permiso.

Ella sospechaba que otro factor de peso era el orgullo territorial. Los finolis llevaban siglos comiendo en el refectorio. Los

plebis eran unos recién llegados. El refectorio había sido escenario de numerosas bromas pesadas entre finolis y plebis. Lilia nunca había participado en ninguna. Aunque jamás lo había declarado en voz alta, procedía del estrato superior del grupo de los plebis. Sus padres eran sirvientes de una de las familias que pertenecían a una Casa con un poder y una influencia considerables, que no estaba en lo más alto de la jerarquía política pero tampoco en declive. Podía remontarse varias generaciones atrás en su linaje y sabía para qué familia de la Casa había trabajado cada uno de sus antepasados.

Por otro lado, varios de los plebis eran de origen muy humilde: hijos de prostitutas, hijas de mendigos. Suponía que muchos eran parientes de delincuentes. Se había iniciado una especie de competición entre estos plebis por ver quién se atribuía un origen más miserable y estremecedor. Si tener por padres a unos ravis de alcantarilla hubiera sido posible, algunos habrían presumido de ello como si de un título honorífico se tratara. Los plebis que pertenecían a familias de criados se guardaban de alardear o de conceder la menor importancia a este hecho, pues podía acarrearles muchos problemas.

El odio que algunos de los plebis sentían hacia los finolis no le parecía justo a Lilia. Los patrones de sus padres trataban a sus sirvientes con dignidad. Lilia había jugado con sus hijos cuando era pequeña. Ellos se habían asegurado de que todos los hijos de sus criados recibieran una educación básica. Después de la Invasión ichani, llamaban a un mago cada pocos años para que realizara una prueba de aptitudes mágicas a todos los niños. Aunque ninguno de los suyos poseía poderes latentes suficientes para que los aceptaran en el Gremio, se habían alegrado mucho cuando Lilia y otros hijos de sirvientes antes que ella habían resultado seleccionados.

Las dos chicas y los dos chicos con los que pasaba sus ratos libres eran plebis bastante agradables. Froje, Madie y Lilia eran amigas desde que habían ingresado en la universidad. El año anterior, Froje había empezado a salir con Damend, y Madie con Ellon, de modo que Lilia era la única sin pareja. Los chicos

acaparaban casi toda la atención de las muchachas, que rara vez pedían a Lilia su opinión, consejo o propuestas de cosas que hacer. Lilia se decía que era inevitable y que no le importaba demasiado, pues siempre se había sentido más cómoda escuchando sus conversaciones que interviniendo en ellas.

Su vista se posó en una aprendiz a la que llevaba mucho tiempo observando. Naki iba un curso por delante de Lilia en la universidad. Tenía el cabello negro y largo y unos ojos tan oscuros que costaba encontrar el borde de sus pupilas. Todos sus movimientos eran de lo más elegantes. Los chicos se sentían tan atraídos como intimidados por ella. Hasta donde Lilia sabía, Naki no había mostrado interés por ninguno de ellos, ni siquiera por algunos de los muchachos que a las amigas de Lilia les parecían irresistibles. Quizá se creía demasiado buena para ellos. O sencillamente era exigente a la hora de elegir sus amistades.

Ahora, Naki estaba sentada con otra chica. No hablaba, aunque la boca de la otra joven se movía sin parar. Mientras Lilia las contemplaba, la parlanchina se rió y puso los ojos en blanco. Los labios de Naki se ensancharon y afinaron en una sonrisa amable.

De pronto, sin el menor ademán que revelara lo que estaba a punto de hacer, Naki miró directamente a Lilia.

«Oh, no —pensó Lilia, notando que se le encendía el rostro a causa de la vergüenza y el sentimiento de culpa—. Me ha pillado.» Justo cuando se disponía a apartar la vista, Naki sonrió.

Lilia se quedó de piedra. Se preguntó por un instante qué debía hacer y entonces sonrió también. No hacerlo habría sido descortés. Hizo un esfuerzo por desviar la mirada. «No parece molestarle que yo la observara, pero... Qué vergüenza que me haya sorprendido mirándola.»

Un movimiento atrajo la atención de Lilia hacia donde se encontraba Naki, pero resistió la tentación de volverse en aquella dirección e intentó descifrar lo que veía con el rabillo del ojo. Una persona de cabello negro estaba de pie, cerca del ban-

co que ocupaba Naki. Esa persona había echado a andar. Esa persona estaba caminando hacia Lilia.

«No puede ser...»

Fue incapaz de evitar que su cabeza se volviera y sus ojos miraran hacia arriba. Vio que Naki se le acercaba. Tenía la vista clavada en ella y sonreía.

Naki depositó su plato junto al de Lilia y se sentó a su lado, en el banco.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Lilia, vacilante. «¿Qué querrá? ¿Preguntarme por qué estaba mirándola? ¿Que charlemos? Si es así, ¿de qué diantres voy a hablar con ella?»

—Como me aburría, he decidido venir a ver qué estabas haciendo —explicó Naki.

Lilia no pudo contenerse y dirigió la mirada hacia la anterior acompañante de Naki. La parlanchina las contemplaba con aspecto desconcertado y un poco contrariado. Lilia echó un vistazo a sus compañeros. Las chicas parecían sorprendidas, y los chicos tenían la expresión entre temerosa y anhelante que solía reflejar su rostro en presencia de Naki.

«Ha dicho: “qué estabas haciendo”, lo que no incluye a los demás.»

Se volvió de nuevo hacia Naki.

—No gran cosa —dijo con sinceridad, y torció el gesto por lo anodino de su respuesta—. Solo estaba comiendo.

—¿De qué hablabais? —preguntó Naki, dirigiéndose a los amigos de Lilia.

—De si habíamos acertado al elegir nuestra disciplina —contestó uno de ellos. Lilia se encogió de hombros y asintió.

—Ah —dijo Naki—. Yo estuve tentada de elegir habilidades de guerrero, pero por muy divertido que sea, no me veo a mí misma dedicando toda mi vida a ello. Seguiré ejercitando mis capacidades, claro, por si algún día vuelven a invadirnos, pero he llegado a la conclusión de que la alquimia me será más útil.

—Es lo mismo que pienso yo sobre la sanación —le comentó Lilia—. Es más útil.

—Cierto, pero la sanación nunca se me ha dado muy bien
—repuso Naki con una sonrisa ácida.

Conforme Naki continuaba charlando, la sorpresa de Lilia empezó a diluirse. Por algún motivo, quizá por haber sonreído a alguien que estaba en el otro extremo de la sala, o tal vez porque la parlanchina de la otra mesa era aburrida, una aprendiz hermosa y admirada estaba conversando con ella como si fuera su nueva amiga.

Fuera cual fuese el motivo, ella decidió disfrutar el momento, pues estaba convencida de que nunca se repetiría.